

Hacia las seis de la mañana del 1 de junio, después de un tiroteo de casi una hora, que despertó a todos los vecinos del centro de Francfort, fue detenido en un garaje, en compañía de otros tres miembros de su organización revolucionaria, el más célebre de los «guerrilleros urbanos» alemanes.

Se trata de la primera victoria importante de los policías alemanes en su lucha contra la Fracción Roja Armada, pero nadie cree que sea decisiva: los grupos de acción revolucionaria son numerosos, están integrados en tres pequeñas células y es poco probable que la detención del más conocido de sus jefes pueda llegar a paralizarlos.

Si los primeros atentados se remontan a hace más de cuatro años, en el transcurso de las últimas semanas han aumentado las acciones terroristas, hasta el punto de pasar al primer plano de la política interior alemana. El 11 de mayo explotó en Francfort una bomba de gran potencia frente a una mesa de oficiales americanos: uno de éstos resultó muerto y trece empleados del local heridos de mayor o menor gravedad. Los autores del atentado dejaron una octavilla en la que podía leerse: «Es un ataque contra el imperialismo americano...». Al día siguiente estalló una nueva bomba en una Comisaría de Policía de la ciudad de Augsburg; cinco policías resultaron heridos. El mismo día explotó una bomba colocada en el interior de un coche aparcado frente a una Comisaría de Munich. Tres días más tarde fue destruido por una carga explosiva un automóvil, propiedad de un juez del Tribunal Federal encargado de llevar a cabo una encuesta sobre los «actos subversivos». El 19 de mayo hicieron explosión otras dos bombas en el gran edificio del «trust» de Axel Springer, gran magnate de la prensa alemana: hubo diecisiete heridos.

Por fin, el 24 de mayo estalló en Heidelberg, frente al edificio del Cuartel General de las Fuerzas Armadas en Europa, una potente bomba. En el atentado murieron tres soldados americanos y cinco resultaron heridos. Mientras que los otros atentados habían sido suscritos por el Socorro Negro, este último se lo atribuyó a sí misma la Fracción Roja Armada, que deseaba expresar de ese modo su protesta por el «genocidio de Vietnam». Durante un solo mes, el de mayo, se produjeron un total de doce atentados.

La Policía está convencida de que los principales dirigentes de estos «guerrilleros urbanos», inspirados tanto en los tupamaros uruguayos como en los Weathermen americanos, son el ex periodista Andreas Baader, de veintinueve años, actualmente detenido, y otra periodista de treinta y ocho años, Ulrike Meinhoff, que continúa en libertad. Su grupo estaría com-



La Policía está convencida de que los principales dirigentes de estos «guerrilleros urbanos», inspirados tanto en los tupamaros uruguayos como en los Weathermen americanos, son el ex periodista Andreas Baader, de veintinueve años, actualmente detenido, y otra periodista de treinta y ocho años, Ulrike Meinhoff, que continúa en libertad. En la foto, Andreas Baader y su compañera Holgar Meins, detenido con él.

ALEMANIA

JUSTICIEROS SOLITARIOS

LA «BANDA DE BAADER»

SE HA QUEDADO SIN JEFE, PERO SIGUE MOVILIZANDO A TODA LA POLICIA FEDERAL

puesto por unos treinta jóvenes, estudiantes en su mayoría, y es probable que tenga su parte de responsabilidad en la reciente serie de atentados. «Pero está también claro —me dijo en Francfort un dirigente social-demócrata— que no actúan solos: sus métodos son tan refinados, sus bombas son de una «calidad» tal, que es lógico pensar que cuentan con la ayuda de temibles especialistas...».

Estos «especialistas», según la Policía alemana —que colabora estrechamente con los Servicios Secretos del Ejército americano—, son «soldados americanos en servicio activo o desertores que viven en la clandestinidad en las grandes ciudades alemanas». Tanto en Francfort como en Heidelberg circulan desde hace algún tiempo octavillas clandestinas entre los soldados americanos: «Hemos desertado porque repudiamos los crímenes cometidos por nuestro Ejército en Indochina: haced como nosotros y poneos en relación con los amigos

alemanes empeñados en el mismo combate...».

La Policía ha ofrecido recompensas excepcionales —casi tres millones de pesetas— a quienes faciliten pistas para la detención de estos «guerrilleros» alemanes. Sin embargo, la tarea presenta indudables dificultades. La misma Policía reconoce el carácter excepcional del modo en que están organizados estos combatientes. En unas «directrices» firmadas por el Socorro Negro y distribuidas entre los estudiantes de la Universidad de Francfort se recomienda a los futuros «combatientes de la causa revolucionaria» que se «organicen en grupos de a cinco», que eviten «como la peste» todo contacto con «personas sospechosas», y, en caso de detención, que no hablen «bajo ningún concepto...». La Policía está convencida de que los diferentes «grupos de combate» no suman más de cien personas en todo el territorio de la República Federal: «Es posible —comenta un estudiante de

Francfort—, pero es igualmente cierto que ningún intelectual digno de este nombre ni ningún estudiante de izquierdas, por mucho que se opongan a los métodos de estos seguidores de «Bonny and Clyde», no aceptarán jamás ponerse de parte de las fuerzas de la represión...».

La referencia a «Bonny and Clyde» es una alusión a los numerosos atracos de Bancos llevados a cabo por la «banda de Baader». Pero es también un modo de guardar las distancias frente a esas formas de acción violenta «que no pueden llevar, a corto plazo, más que a la desmoralización y a la desesperación...». Esos hombres que proclaman desafiantes que «la lucha armada ha dado comienzo», no han conseguido granjearse las simpatías de nadie. Las «células rojas» de la Universidad de Berlín, de tendencia maoísta y trotskysta en su mayoría, no piensan participar en esta «aventura» en una «sociedad que repudia las acciones revolucionarias». Los comunistas pro-soviéticos, por su parte, no hacen ningún secreto de la aversión que les inspiran las actividades de esos extremistas; los jóvenes socialistas, por último, aunque están firmemente decididos a «luchar contra la sociedad capitalista», critican duramente «un comportamiento que, a fin de cuentas, sólo puede beneficiar a los hombres más decididos de la reacción, tales como Franz Josef Strauss, partidario de la represión contra toda la izquierda...».

El movimiento «antiautoritario», surgido en los primeros años de la década de los sesenta entre los estudiantes contestatarios y simbolizado por Rudi Dutschke, tuvo siempre mucho cuidado de «no apartarse de las masas», de no hacer nada que «pudiese comprometer al movimiento, que pudiese llevarlo a un callejón sin salida, alejándolo de la masa del proletariado». El ocaso del movimiento y su «recuperación», al menos parcial, acaba de entrar en una nueva fase: la de los «combatientes que —según se le en una octavilla de la Fracción Roja Armada— no renunciarán a la lucha activa contra las fuerzas de represión bajo el pretexto de que las masas no están dispuestas a seguirnos: seguiremos nuestros pasos si predicamos con el ejemplo...».

Y el ejemplo está ahí: bajo la amenaza de los «activistas», Alemania se transforma, según el ministro del Interior, «en fortaleza»: día y noche, millares de policías vigilan estrechamente los «edificios amenazados», controlan a los automovilistas, registran los vehículos, detienen a los sospechosos. Última advertencia de la Fracción Roja Armada: «A principios de junio haremos estallar tres bombas colocadas en coches aparcados en la ciudad de Stuttgart...». Verdadera o falsa, esta amenaza ha provocado ya la movilización en esta ciudad de varios centenares de policías. ■ GERARD SANDOZ.